

Décimo séptimo Domingo del Tiempo Ordinario – 07/27/2025

Homilía:

Hoy celebramos el XVII Domingo del Tiempo Ordinario. Y en este día, nuestro Señor y Salvador desea que alcancemos el gozo del reino celestial, y por eso nos enseñó a orar por él, prometiéndonos darnos el reino celestial si lo hacemos. Pidan, dijo el Señor y se les dará, busquen y encontrarán, toquen y se les abrirá la puerta.

Hoy, debemos considerar con la mayor seriedad y atención lo que estas palabras del Señor pueden significar para nosotros, porque nos dicen que no los perezosos e incompetentes, sino los que piden, buscan y llaman, recibirán, encontrarán y se les abrirá la puerta. Por lo tanto, debemos pedir la entrada en el reino por medio de la oración, buscarlo por medio de una vida recta y llamar/tocar a su puerta por medio de la perseverancia.

En las lecturas de hoy, se nos presentan dos grandes momentos de intercesión y oración. En la primera lectura del Génesis (18:20-32), encontramos la historia familiar de Abraham negociando con Dios por el destino de Sodoma y Gomorra. En el Evangelio de Lucas (11:1-13), escuchamos a Jesús enseñando a sus discípulos cómo orar, ofreciendo el Padre Nuestro y asegurándoles la generosidad de Dios al

responder a las oraciones. Ambas lecturas hablan de la naturaleza de la oración, particularmente del poder de la intercesión y la generosidad de Dios.

En Génesis 18:20-32, Abraham intercede por el pueblo de Sodoma, pidiéndole a Dios que perdone a la ciudad si hay personas justas dentro de ella. La negociación de Abraham con Dios es bien notable: él comienza preguntando si Dios perdonaría la ciudad si solo hubieran cincuenta personas justas, y luego, en un acto de valentía y humildad, continúa reduciendo el número hasta llegar a diez. Dios acepta perdonar a la ciudad por el bien de los justos, aunque, a medida que se desarrolla la historia, solo Lot y su familia son justos. Este diálogo revela mucho sobre la naturaleza de la oración y la intercesión.

Santo Tomás de Aquino, en su *Summa Theologica*, escribe que uno de los propósitos principales de la oración es participar en la providencia de Dios. Cuando oramos, especialmente cuando intercedemos por los demás, no estamos cambiando la voluntad de Dios, sino alineando nuestros corazones con Su plan. En el caso de Abraham, su intercesión demuestra que Dios desea que estemos involucrados en Su obra salvadora.

Si bien Dios conoce todas las cosas y Su voluntad es perfecta, Él aún agradece nuestras oraciones y las usa para cumplir Su plan. La persistencia de Abraham en

pedir que se salve la ciudad nos muestra el poder de la oración persistente. Los Padres de la Iglesia, como San Agustín, hicieron eco de este entendimiento, enseñando que la providencia de Dios permite que nuestras oraciones sean parte del desarrollo de Su plan, incluso cuando Él sigue siendo gobernante sobre todas las cosas.

En el Evangelio de Lucas, Jesús nos ofrece el Padre Nuestro como modelo para la oración cristiana. Cuando sus discípulos piden: "Señor, enséñanos a orar", Jesús les proporciona las palabras que todavía usamos hoy: "Padre nuestro, que estás en los cielos..." Esta oración contiene los elementos de **alabanza y petición**, y nos enseña no solo a dirigirnos a Dios como nuestro Padre, sino también a confiar en que Él es un Padre amoroso que escucha nuestras necesidades y desea darnos lo que es bueno.

El Catecismo de la Iglesia Católica afirma y nos enseña que, 2607. Cuando Jesús reza, ya nos enseña a orar. Su oración a su Padre es el camino teológico (el camino de la fe, la esperanza y la caridad) de nuestra oración a Dios. Pero el Evangelio también nos da la enseñanza explícita de Jesús sobre la oración. Como un maestro sabio, nos agarra donde estamos y nos conduce progresivamente hacia el Padre.

2629. Oración de petición: Con la oración de petición, expresamos conciencia de nuestra relación con Dios. El primer movimiento de la oración de petición es pedir perdón, como el publicano de la parábola: Dios, ten piedad de mí, pecador. La petición cristiana se centra en el deseo y la búsqueda del reino venidero, de acuerdo con la enseñanza de Cristo.”

2639. La alabanza es la forma de oración que reconoce más inmediatamente que Dios es Dios. Alaba a Dios por su propio bien y le da gloria, mucho más allá de lo que hace, sino simplemente porque lo es. La alabanza abarca las otras formas de oración (Bendición y Adoración, Acción de Gracias e Intercesión) y las lleva hacia aquel que es la fuente y la meta: el "único Dios, el Padre, de quien proceden todas las cosas y para quien existimos.”

2640. San Lucas, en el Evangelio, expresa a menudo asombro y alabanza ante las maravillas de Cristo y en los Hechos de los Apóstoles subraya las acciones del Espíritu Santo: la comunidad de Jerusalén y los enfermos curados por Pedro y Juan.”

Santo Tomás de Aquino, en su comentario sobre el Padre Nuestro, explica que Jesús nos enseñó esta oración para guiarnos en nuestra relación con Dios. La oración abarca tanto las necesidades espirituales como las materiales, y al hacerlo, nos

enseña que la oración no se trata simplemente de nuestros deseos, sino de alinear nuestros deseos con la voluntad de Dios. El "Padre Nuestro" nos recuerda la trascendencia e esencia de Dios: Él está tanto en el cielo como íntimamente involucrado en nuestras vidas. Tomás de Aquino enfatiza que la petición "Danos hoy nuestro pan de cada día" refleja nuestra dependencia de Dios para nuestro sustento físico y espiritual. Este equilibrio de humildad y confianza en la generosidad de Dios es fundamental para nuestra vida de oración cristiana.

Si prestaron atención, en la parte final del Evangelio de hoy, Jesús nos asegura que Dios es un Padre generoso que se deleita en dar buenos regalos a sus hijos. Él dice: "Pues, si ustedes, que son malos, saben dar cosas buenas a sus hijos, ¿cuánto más el Padre celestial dará el Espíritu Santo a quienes se lo pidan?" Jesús enfatiza que, así como los padres terrenales desean dar cosas buenas a sus hijos, Dios, nuestro Padre, desea aún más darnos lo que es verdaderamente bueno. Este es un llamado a la confianza en la oración.

Los Padres de la Iglesia, especialmente San Agustín y San Juan Crisóstomo, enseñaron que debemos acercarnos a Dios con gran confianza, sabiendo que Él nos ama como sus hijos. Sin embargo, esto no significa que siempre recibiremos lo que pedimos de la manera que esperamos. En cambio, podemos estar seguros de que

Dios nos dará lo que es mejor para nosotros, incluso si no es exactamente lo que pedimos. La oración, entonces, no se trata de forzar o doblegar la mano de Dios, sino de abrirnos a su sabiduría divina.

Volviendo otra vez al Catecismo en el verso 2737, nos dice: "No te turbes si no recibes inmediatamente de Dios lo que le pides; porque él desea hacer algo aún mayor por ti, mientras te aferras a él en oración. Dios quiere que nuestro deseo se ejerza en oración, para que podamos recibir lo que él está dispuesto a dar".

Al reflexionar sobre las lecturas de hoy, se nos invita a todos a participar en la oración con valor y confianza. Al igual que Abraham, se nos anima a interceder por los demás, pidiendo incesantemente a Dios lo que es bueno y justo, incluso si no entendemos por qué las cosas suceden de la manera en que suceden. Al igual que los discípulos en el Evangelio, se nos enseña a orar con confianza, sabiendo que nuestro Padre nos dará lo que necesitamos, especialmente el don del Espíritu Santo, quien nos capacita para vivir como hijos fieles de Dios.

¡Para terminar! Acerquémonos hoy a Dios con la misma persistencia que mostró Abraham, y la misma confianza que Jesús nos anima a tener en la generosidad de Dios. Que recordemos que, incluso en nuestros momentos más desesperados, Dios siempre está escuchando, siempre dispuesto a bendecirnos con su presencia y su

gracia. Al orar hoy, hagámoslo con la fe de que Dios, nuestro Padre amoroso, siempre proveerá para nosotros, y que, a través de la oración, somos atraídos a una relación más profunda e íntima con Él.